

de clases, que da lugar a su vez a una «inevitabilidad» histórica comprensible en una época de idealismo y positivismo, pero que sólo cubre una porción (importante) del pensamiento marxiano. Tal «modalidad» ha mantenido vivos en el marxismo, hasta hoy, sus aspectos positivistas y mecanicistas, como se constata en los modelos de desarrollo histórico, y en especial en el del paso de una forma socioeconómica a otra —es típico el ejemplo y la controversia sobre el **modo de producción asiático**—, tan combatidos por los historiadores no europeos y, en Europa, por el funcionalismo y, en parte, por el estructuralismo. Para Hobsbawm, marxista, que rechaza el funcionalismo y el estructuralismo, lo mismo que el mecanicismo y el positivismo, el marxismo debería olvidarse un poco (el propio Marx lo dijo así) de la economía y volver los ojos hacia otros aspectos hasta ahora marginados, como los culturales, ideológicos, psicológicos, individuales, etc., para recuperar su totalidad y sus capacidades. ■ C. A. CARANCI.

EL INFORME SOBRE STALIN

Mil novecientos cincuenta y seis es una fecha esencialmente ambigua. Es, por un lado, el año en que se celebra el famoso XX Congreso del PCUS, en cuya sesión final —del 25 de febrero— **Jruschov** leerá, a puerta cerrada, su **informe sobre Stalin**; es también el año de los sucesos de Polonia (levantamiento de Poznań) y sobre todo de Budapest, primera versión, un tanto turbia, de lo que, doce años más tarde, ocurrirá con meridiana claridad en la capital checa.

¿Existe, tal y como parece, contradicción entre uno y otro fenómeno: la denuncia del culto de la personalidad y de los crímenes stalinianos y posterior represión de unos movimientos básicamente populares en países dependientes de Moscú? La respuesta debe ser: sí y no. Efectivamente, existe contradicción si atendemos únicamente a lo que el informe secreto pudo haber significado para el PCUS, y de hecho significó a la larga para ciertos partidos comunistas occidentales. Por el con-

trario, no la hay si valoramos en su justa medida el documento en cuestión y vemos —como sostiene, por ejemplo, Claudin— la disparidad flagrante entre el dramatismo de los datos y la «inanidad de sus conclusiones».

Conviene, por su interés, releer hoy el famoso informe (1) y ver cómo, efectivamente, lejos de analizar las causas internas y externas que hicieron posible la aparición de un fenómeno tan complejo en el fondo como es el stalinismo (véanse a este respecto los trabajos de Jean Ellensstein, Althusser o el libro de Giuliano Procacci. «El partido en la URSS, 1917-1945», Laia), Jruschov dispara



todas sus baterías contra el personaje Stalin, al que convierte en un simple caso patológico. Es un poco lo que ocurre cuando se presenta el nazismo como producto de las manipulaciones de un austriaco paranoico llamado Adolfo Hitler, y todo lo más, se alude al marco histórico de la depresión económica como factor condicionante. En el caso de Stalin, este tipo de factores serían el bloqueo de la URSS por las potencias occidentales y la necesidad imperiosa de industrializar el país. El análisis no va evidentemente más lejos. Jruschov —y el sector del poder que representaba— así lo quiso.

Efectivamente, la llamada «desestalinización» fue consecuencia de una necesidad: la de la nueva cla-

(1) N. Kruschov: Informe secreto sobre Stalin. Cuadernos (núm. 1) del Taller de Sociología.

se dominante formada en el proceso de industrialización de abrirse camino (Claudin) y la que tenía al mismo tiempo el país de afianzarse como cabeza de uno de los dos grandes bloques hegemónicos. La liberalización que supuso en cierto modo el lanzamiento de esa nueva política fue una liberalización perfectamente controlada desde arriba. La pérdida del control —como en el caso húngaro— justificaría el recurso a la fuerza de las armas.

Donde más profundamente se dejaron sentir, por el contrario, las consecuencias de ese cambio de rumbo —donde más lejos se llevó el análisis del fenómeno stalinista— fue en algunos partidos comunistas occidentales y, antes que en ninguno, en el PCI, gracias sobre todo al realismo de Togliatti (e indirectamente a la influencia siempre benéfica de la obra gramsciana), que vio por fin la posibilidad de inaugurar una vía propia, autónoma, hacia el socialismo.

Para contrastar las reacciones y repercusiones en el seno de los distintos partidos comunistas del informe secreto —desde la acogida positiva, a la que ya hemos aludido, de Togliatti hasta el silencio culpable y significativo de Thorez y Duclos, del PCF, pasando por la cautela inicial del PCE, que luego sería, con Carrillo, el partido que más rápidamente avanzaría por el nuevo camino—, resulta interesante la idea del editor de completar la publicación del documento de Jruschov con una serie de entrevistas con miembros de diversos partidos comunistas (**Pajetta, R. Rossanda, Jean Prontau y Maurice Valrimont, Jiri Pelikan, Fernando Claudín —entonces en el PCE— y Simón Sánchez Montero**) y algún socialista como **Tierno Galván**, que nos cuentan cómo vivieron aquella revelación o qué dificultades tuvo la verdad sobre Stalin para abrirse paso dentro de sus partidos.

Sólo una observación, destinada al editor, y que puede ser útil para posteriores publicaciones: los entrevistados deberían haber sido objeto de presentación en el libro mediante sendas notas biográficas. No todos los lectores tienen la obligación de saber qué corriente representa, por ejemplo, Pajetta dentro del PCI, qué relación existe entre Rossanda e «il Manifesto» o qué puesto ocupaba Pelikan durante la invasión de Praga.

■ JOAQUIN RABAGO.